

triste, pues en efecto lo estaba yo aquella vez, le impuse de tu enfermedad, Alejandro, y su causa, y después de haberle respondido á multitud de preguntas que me hizo, con relacion á tu conducta, tu temperamento, tu carácter y al tiempo que hacia estabas enfermo, lleno de confianza, y brillándole los ojos de alegría me dijo:

—Deseaba hacer á usted un positivo servicio: la ocasion se me ha presentado. Anímese usted, deponga su melancolía y confíe en que yo curaré y sanaré á su hermano: la epilepsia no es enfermedad incurable; dentro de tres dias estará usted completamente fuera de peligro, y yo marcharé para el Saltillo, allí le esperaré, y luego que nos veamos dispondremos el viaje para Mazapil á ver á su hermano.

Con efecto, así sucedió; el señor D'Olamaicheaut me abandonó á los tres dias, y á los ocho después me encontré enteramente sano y con el uso natural de la pierna izquierda, que fué en la que recibí la herida; pero no pude salir de Monterey sino hasta pasados quince dias de haberme despedido del hospital. Al llegar al Saltillo tuve el sentimiento de no encontrar á D'Olamaicheaut y esperarle por ocho dias que permaneció en Parras, adonde habia ido á arreglar un negocio de importancia y que improvisamente le ocurrió. Luego que nos vimos, previo su consentimiento, comencé á disponer el viaje para este lugar; pero las circunstancias de la guerra nos obligaron á diferirlo hasta ahora. D'Olamaicheaut vendrá á verte mañana, Alejandro, y comenzará á preparar tu naturaleza para hacerte después una curacion cual la deseamos. En el entre tanto es necesario que no pienses mas que en recobrar tu salud; tiempo nos queda para pensar y obrar como nos parezca respecto de todas las demás cosas.

—Mucho has picado mi curiosidad, Antonio; con ansiedad deseo tratar al señor

D'Olamaicheaut, pero mientras tengo esta satisfaccion puedes estar seguro de que observaré tus preceptos.... ¡Ah! no me has referido por qué causa fuiste herido: quiero saberla y es necesario que me la digas.

—¡Vaya! muy curioso te has vuelto, Alejandro. Ninguna importancia tiene esta circunstancia de mi vida. Al saber que los angloamericanos habian pasado de este lado del Bravo, y que se dirigian sobre Monterey después de haber tomado la plaza de Matamoros, lleno de entusiasmo acudí allí á prestar servicios á mi patria y su libertad, y el dia de la accion tuve la gloria de derramar mi sangre por la causa mas justa. Del cerro del Obispado, primera fortaleza de que fueron desalojadas las tropas mejicanas, tuve necesidad de arrastrarme hasta el hospital de sangre que estaba en el centro de la ciudad: parte de lo que allí me sucedió te he referido, y me reservo para otra vez hablarte de mis otros acontecimientos, y de todas las circunstancias de la guerra; por ahora me retiro á descansar.

Alejandro cerró con fuerza los puños, contrajo con ferocidad los músculos del rostro, y arrojó un ahogado suspiro, pero no profirió una sola palabra.

Antonio y Rosalía se dirigieron una melancólica mirada por la que se dieron á entender que era preciso evitar conmover la sensibilidad y virtudes cívicas de Alejandro.

—Buenas noches, Alejandro.

—Buenas noches, hermana, dijo Antonio en actitud de retirarse.

—Buenas noches, contestaron á un tiempo Alejandro y Rosalía, añadiendo esta:

—Tu dormitorio está dispuesto; pero si algo deseas ó de ello tienes necesidad, puedes llamar con la campanilla que encontrarás en la cabecera de la cama.

—Bien, Rosalía, hasta mañana.... has-

ta mañana, Alejandro. Antonio desapareció.

—¡Qué te parece, Rosalía, el comportamiento de Antonio! Sospecho y con fundamento, que ese médico de que nos ha hablado es un angloamericano á quien primero la necesidad le obligó á tratar, y luego la gratitud, á profesar amistad; que ese médico es el del cuerpo que ha invadido este pueblo, y Antonio aprovechando la circunstancia de hallarse aquí, ha hecho viaje á solicitar, tal vez con humillacion, favor de un enemigo. Si esto fuere así, Rosalía, te protesto que jamás consentiré en que un hermano mio recabe servicios de quien no debe, y menos si ellos han de redundar en mi provecho: yo no quiero recibir beneficio de un enemigo de mi patria. No, Rosalía, decia Alejandro con semblante airado, no quiero que á mí se me haga bien, mientras que á mi patria se le hacen los mayores agravios: mañana, tan luego como se levante Antonio, le dirás que deseo hablarle, y que luego pase á verme; no olvides cumplir mi encargo, me interesa ante todas cosas ver á mi hermano... Ya debe ser tarde; tú tienes necesidad de reposo, vamos á dormir. ¡Dios nos ayudará!

—Vamos, Alejandro, le respondió Rosalía dándole la mano para conducirlo á su dormitorio; vamos, pero créeme, nada de lo que sospechas es cierto, y con solo pensarlo haces una grave injuria á mi hermano, á quien debemos estar reconocidos por los favores que nos dispensa: por tu bien, Alejandro, por el mio, desecha esas ideas, y modera por algunos dias la impetuosidad de tu carácter.

Alejandro contestó solamente con un triste movimiento de cabeza. Estando ya en su dormitorio, y Rosalía dándole un abrazo, tomó luego una candela y:

—A dios, Alejandro, le dijo; hasta mañana.

Y se retiró silenciosa.

—Hasta mañana, mi buena amiga, contestó Alejandro con distraccion, comenzando á despojarse de sus vestidos.

La luna plena y majestuosa no encontró en su paseo de esta noche ni una ligera nubecilla que ofuscará su lánguido y apacible fulgor. Nacida en medio del sosiego y la calma, llegó á sepultarse en el ocaso bajo tan buenos auspicios. Mas no todos los seres pueden gozar del mismo momento de serenidad y contento. Alejandro agitado por sus sentimientos patrióticos, pasó toda la noche en una destructoria vigilia, y ya abrumado recurrió en solicitud de consuelos á la inagotable fuente de ellos. Tiernas y fervorosas plegarias dirigió al Eterno porque le concediera un momento de reposo, que no consiguió sino á la hora en que los pajarillos comenzaron á saludar con sus melifluos gorjeos á la radiante aurora.

Rosalía tambien pasó en vigilia aquella noche; pero su vigilia fué sosegada y llena de esperanzas. Con embeleso pidió á la tierna madre de Dios interpusiera para con su amorosísimo hijo todo su valimiento á fin de que concediera á Alejandro el completo alivio de su mal. Confada en que sus ruegos serian escuchados, tranquila salió de su dormitorio á gozar del ambiente de la mañana, y esperar el momento oportuno para dar á Antonio el mensaje de Alejandro.

A poco tiempo después, cumplia ya con su encargo y referia á Antonio las protestas que su esposo habia hecho en la noche que acaba de huir á la venida del rutilante vivificador de la naturaleza.

Antonio le aseguró que combatiría las preocupaciones de Alejandro, y los despararon á saludarle.

Pronto se retiró Rosalía, y los dos hermanos quedaron solos.

Acalorada fué la conversacion que tuvieron, y el ciego aun con terquedad protestó no recibir al doctor D'Olamaicheaut á quien consideraba como enemigo por servir á las tropas angloamericanas. Pero Antonio sin manifestarse ni un momento disgustado, supo al fin vencer á Alejandro, quien ya calmado dijo:

—Mucho te he amado, Antonio, y si hoy me sujeto á tus caprichos es solo debido á ese amor; pues por mas que yo quiera resistirme, no puedo hacerlo, temeroso de incomodarte: haz lo que gustes, te obsequiaré en cuanto desees.

—Bien, Alejandro; tu condescendencia en esta vez es para mí la mejor prueba de cariño que puedas darme. Prevente; pronto estará aquí el señor D'Olamaicheaut, es necesario que lo recibas con afabilidad y cortesía para que no desmientas el carácter mejicano. Parto á traerlo; vuelvo.

—¡Dios te acompañe, Antonio!

Pero Antonio ya iba léjos y no oyó á Alejandro. Antonio efectivamente, como lo tenia referido, habia hecho conocimiento con el doctor D'Olamaicheaut en el hospital de sangre de Monterey, donde mutuamente llegaron á apreciarse; por esto era que tenia mucha confianza en que D'Olamaicheaut le cumpliera las promesas que le habia hecho.

Al salir de la casa de Alejandro para llevar á ella al doctor, se dirigió al campo de los angloamericanos situado extramuros al Sur del lugar.

D'Olamaicheaut se divertia herborizando por el prado cuando se le presentó el buen hermano del ciego.

—¡Oh, amigo! le dijo el médico luego que le vió: hace dos horas largas que espero á usted. El tiempo huye y nos arrastra con velocidad hácia nuestro eterno ocaso y para aventajarle en nuestros

negocios, es necesario ser tan activos como este sorprendente parricida..... ¡Vamos! ¿cómo se halla el querido hermano de usted?

—Como siempre, doctor, con solo la diferencia que su ceguera lo ha hecho un poco mas exaltado; pero sin embargo, desea curarse y recobrar su vista. Vengo á llevar á usted, doctor, para que le vea, ¿me hará usted la gracia de acompañarme?

—¡Gracia, amigo! cuando cumplo con las obligaciones que he contraido, creo nada hago que huelva á favor ó gracia. Estoy dispuesto para ir á visitar al hermano de mi amigo, y podemos marchar en el momento.

Así lo hicieron, y hablando con relacion á la topografía de Mazapil, llegaron á la casa del enfermo.

Este y Rosalía recibieron al doctor con cortesía y amabilidad; y entre tanto pasaban los primeros momentos de la visita Rosalía admiró en el señor D'Olamaicheaut su recomendable presencia y atractiva expresion, formada una y otra por una hermosa cabeza adornada de una cabellera castaña, lustrosa y suave, pero dispuesta y compartida en términos de encontrarse por todo su rededor un ejemplo de la línea que Hogarth llama de la gracia; por una frente espaciosa y tersa; por una nariz aguileña un poco abiertas sus ventanas; por una boca pequeña compuesta de muy bien delineados labios; por una barba poblada y negra que hacia resaltar el color rosado que embellecia aquella cara; pero como los ojos son los intérpretes del alma, que explican sus virtudes ó vicios, Rosalía juzgó maravillosos los de D'Olamaicheaut, pues siendo de un color negro sin mancha, y de un lustre y brillantéz de ópalo, revelaban el gran talento y belleza de sentimientos que adornaban á quien los poseía.

Durante el exámen curioso de Rosalía y el tiempo que se invirtió en una conversacion sin interés, D'Olamaicheaut tuvo el necesario para conocer el estado y temperamento de su enfermo, y prometerse un buen éxito del trabajo que iba á emprender.

Entonces radiando de satisfaccion, comenzó por inspeccionar escrupulosamente los ojos y tendones del cerebro de Alejandro, y seguro de lo que le convenia hacer, le dió á beber luego todo el licor dulce y aromático contenido en un pequeño frasco de plata que sacó de una de las faltriqueras de su frac, y le vendó con cinco finísimos lienzos que ya llevaba preparados, sus negros pero mustios ojos.

El primero de estos lienzos era de color verde, y el que quedó sobre todos, blanco como el armiño.

Después de esta operacion, D'Olamaicheaut se despidió y prometió volver el dia siguiente para hacer en él su final y decisiva operacion.

En efecto, al otro dia á la misma hora que en el anterior, el doctor se presentó con semblante risueño en la casa de Alejandro y se le recibió con atencion y agrado. Por el espacio de una hora habló con Antonio y su hermano de los diferentes climas, y ricas y bellas producciones de Méjico; pero lo hizo con tanta gracia, que el ciego pareció quedar contento.

Luego registró el cerebro de este, y en él aplicó nueve ventosas sajas que extrajeron abundancia de sangre espesa y negra y cuyo buen efecto manifestó al momento Alejandro, quien dijo sentirse descansado y expedito. Por último, el ciego bebió la misma porcion del licor del dia anterior, y el médico se despidió.

Esta bebida se tomó por ocho dias mas, como medicamento necesario, y en el último de ellos, D'Olamaicheaut que no ha-

bia dejado de visitar y entretener diariamente á su enfermo, le quitó la venda blanca, y Alejandro exclamó:

—¡Ya veo!... ¡ya veo! al través de este vendaje percibo alguna claridad. ¡Gracias, doctor! ¡gracias, Antonio!

—¡Cuidado con esos arrebatamientos de alegría, dijo el médico; si son continuados tenemos que volver atrás.

Alejandro ee avergonzó, y por aquel dia ya no se hizo ni se dijo nada con relacion al ciego, porque aunque todos reboaban de contento y principalmente Rosalía, el médico habia prohibido toda manifestacion que conmoviera las pasiones del ciego.

Veintun dias habian pasado desde el en que se quitó al ciego el lienzo café oscuro que seguia del verde, es decir que veintun dias hacia que Alejandro veia perfectamente bien; pero aun no podia resistir la reflexion de la luz, y por eso llevaba todavía la venda verde.

Ya hacia tambien dias que los tratados de paz entre Norte-América y Méjico estaban aprobados, circunstancia que al saberla habia entristecido á Alejandro; pero sin dejar traslucir su sentimiento.

El dia veintiseis de mayo de 1848, fué alumbrado por un hermoso sol que hizo su majestuosa carrera por un cielo limpio y sereno. En este dia D'Olamaicheaut hizo su visita mas temprano de lo que acostumbraba.

A las siete de la mañana, y con semblante algo abatido se encontraba convidando á Alejandro á salir al corredor de la casa. Como es de suponerse, Alejandro accedió á esta invitacion. El sol daba de lleno en el corredor que veia al Oriente, y á este punto fué á donde condujo el médico á Alejandro, y estando allí le dijo con bondad:

—¡Amigo! ¿puede usted ya resistir la brillantéz del sol?

—¡Señor! contestó Alejandro, la reverberacion de la luz no me incomoda al través de este lienzo, ¡no sé si faltándome su auxilio podría tolerarla!

—¡Veremos, amigo! ¡veremos!

Y diciendo y haciendo arrancó la venda á Alejandro, que sin pena recibió de lleno el golpe de luz.

—¡Bueno! dijo D'Olamaicheaut; estoy contento: gustoso me despediré para siempre.... ¡Alejandro! alumbrado por una refulgente aurora ha amanecido hoy un nuevo día para usted y su patria: deléitese con su luz, y sea feliz.

—¡Ah, doctor! contestó tristemente Alejandro, no soy ingrato; pero permítame decirle que jamás esperé recibir bien de un enemigo de mi patria. Para mí y para ella ha comenzado hoy un día tenebroso. Esa refulgente aurora de que usted me habla es fugaz, y viene perseguida por un furioso y negro huracan. ¡Doctor, mucho daño me ha hecho usted! ciego, no hubiera yo visto esa momentánea aurora, ni ese horroroso huracan que pronto la hará y nos hará desaparecer... ¡oh, la desgracia nos persigue por todas partes!

Antonio y Rosalía que presenciaban esta escena, alzaron la vista, y primero miraron á Alejandro como reprendiéndole, y después al doctor, manifestándose agradecidos.

El doctor Ricardo D'Olamaicheaut abrazó en este momento á todas las tres personas que le acompañaban, y haciendo un esfuerzo para parecer alegre:

—A dios, amigos, les dijo: las doce de este día es la hora señalada para la marcha del cuerpo en que sirvo; tal vez nos volveremos á ver algun día; en el entre tanto sean felices... ¡A dios!

Alejandro, taciturno, apenas hizo una ligera inclinacion de cabeza: Rosalía y Antonio acompañaron al señor D'Olamai-

cheaut, hasta el umbral de la puerta donde por último con tiernas lágrimas le demostraron su gratitud y amistad.

Quien sabe posponer sus intereses personales á los de la patria debe ser desgraciado en los días que esta se halle afligida. Alejandro consideró los tratados de paz como un baldon para la república, su adorada patria, y desde entonces una negra tristeza se apoderó de su alma sensible, y solo de vez en cuando se le oían proferir algunas lastimeras exclamaciones. Rosalía también se entristeció, por aquello de:

Como el corazon muéstrase risueño  
Al ver á otro reir, así se muestra  
Lloroso si otro llora.

La tarde del día veintiseis de mayo de mil ochocientos cuarenta y nueve, fué borrascosa y melancólica, y en ella se vió á Antonio lleno de pesar caminar detrás de dos féretros. ¡El cólera-morbo, en un mismo día y hora, cerró para siempre los ojos de Alejandro y Rosalía!

Mazapil, agosto 19 de 1851.



#### LA LIGEREZA.

El ser obstinado y el querer ser voto decisivo en todo, son vicios de entendimientos cortos y que se mueven en estrecha esfera. Mientras mas se vive y mientras mas se observa á la sociedad, mas se mira uno antes de decir su parecer acerca de los demás.

#### MADAMA CATALANI.

Esta célebre cantatriz nació en el territorio veneciano y adquirió su primera distincion cantando en el coro de un convento. Falleció del cólera-morbo asiático en Paris, el año 1849, á los setenta años de edad.

## NATALIA NARISHKINN.

POR MADAMA LAURA PRUS.

MIGUEL Fedorowitz, zar<sup>1</sup> de todas las Rusias, reinó treinta y tres años: la firmeza de su administracion, moderada algunas veces por una bondad natural de carácter, aseguró su poder y mantuvo sumisos á los turbulentos *boyardos*<sup>2</sup>, disfrutando sus pueblos de una paz y tranquilidad que casi les era desconocida, y por lo cual cobraron amor á la dominacion del autócrata.

Vínole al zar el deseo de tener una esposa, y no queriendo sujetarse á razones de Estado para ello, mandó proclamar por las provincias de su imperio un edicto convocando para Moscú á todas las jóvenes solteras, en el término de siete días. Ninguna se atrevió á faltar al mandato del soberano, quien caballerosamente dispuso se les recibiese en el palacio y se les tratase espléndidamente; presidiendo él mismo los festejos con que las obsequió. Hecha que hubo su eleccion, no la dió á conocer á nadie: otorgó á sus bellas súbditas el permiso de volverse á sus hogares; mandó que la que él habia escogido llevase un acompañamiento de las personas mas distinguidas, y pocos días después

1. Príncipe dominante.—2. Titulo de dignidad.

le anunció su exaltacion, haciéndole el presente del traje nupcial usado en casos semejantes por las emperatrices. Dice la historia que en el momento de la llegada de los oficiales del zar, estaba la futura soberana ayudando á su padre en las faenas de su alquería.

Alejo Michelowitz fué el fruto de esta union. A ejemplo de su padre, escogió su primera mujer, á los diez y siete años de edad, entre sus súbditas; pero envidó, y pasados diez años se decidió á contraer segundas nupcias. Esta vez propúsose una union absolutamente diversa de la primera: no quiso ya una humilde esclava que no hiciese mas que obedecer servilmente su menor voluntad y que fuese incapaz de ofrecerle, en su calidad de compañera, ese encanto de la vida doméstica que en medio de las graves atenciones del gobierno sentia necesitar; propúsose, en fin Alejo, hacerse amar de una jóven por sí mismo, ocultándole él al efecto su nombre. Educado por el sabio Malcoff, era el hombre mas instruido del imperio, y por lo tanto anhelaba encontrar en su nueva esposa, aunque sin atreverse á es-